

MARTÍN SIVAK

# JEFAZO

RETRATO ÍNTIMO DE  
EVO MORALES

**DEBATE**

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

## Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[1 Bolivia de vuelta \(junio de 2006\)](#)

[2 Del Altiplano al Trópico \(1959-1995\)](#)

[3 La \(gira\) tricontinental \(noviembre-diciembre de 2006\)](#)

[4 Cocalero \(1995-2003\)](#)

[5 El Palacio \(abril-mayo de 2007\)](#)

[6 Ahora es cuando \(2003-2006\)](#)

[7 Live in Gringolandia \(septiembre de 2007\)](#)

[8 El Presidente \(2006-2007\)](#)

[Fuentes](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori](#)

1

Bolivia de vuelta  
(junio de 2006)

## LUNES 11

Los presidentes bolivianos gobiernan desde el Palacio Quemado.

En 1875 los opositores a Tomás Frías arrojaron antorchas encendidas a la casa de gobierno desde la catedral contigua. Provocaron un gran incendio. Sin embargo, el fuego no les permitió llegar al poder. El edificio fue reconstruido, pero la fórmula *Palacio Quemado* parece referirse al país inflamable que Bolivia ha sido desde su fundación en 1825. Sobre ochenta y tres gobiernos, treinta y seis no duraron más de un año, treinta y siete fueron de facto y hasta el momento ningún historiador ha sabido precisar la cantidad exacta de golpes de Estado e intentonas militares.

Evo Morales Ayma llegó a la presidencia gracias a la primera revolución democrática del siglo XXI. Una novedad que no se tradujo en modificaciones en la arquitectura ni en la decoración del Palacio Quemado. Su estética permanece casi inalterable, sin que ninguno de sus nuevos habitantes parezca inquietarse. Ni las chicas del protocolo que corren detrás de una agenda presidencial modificada a cada hora, desde las cinco de la mañana hasta la doce de la noche; ni las señoras de pollera y sombrero que recorren los pasillos; ni los campesinos que pisan las alfombras y el parquet.

Una escala cromática lleva hasta Morales. El salón de los espejos se divide en dos sectores, uno rosa y otro dorado. Entre telarañas y un piano negro que ya nadie toca, se exhiben espejos con marcos dorados en los que muchos buscan mirarse, una alfombra persa en tonos rojos, banquetas de mármol y cortinas grises con pompones, mientras una

estufa eléctrica de la última década del siglo pasado irradia el calor que la calefacción central ya no irradia.

Una antesala blanca precede al despacho presidencial. La noche en que empezó este libro, los vidrios ahumados apenas si dejaban ver las siluetas que se movían por la oficina principal. Después de que los hombres del Presidente salieran por una puerta, Evo entró en aquella antesala blanca.

—Hola, jefazo —me dijo.

En su idioma, *jefazo* es un halago, una muestra de respeto. Pero el jefazo, el que manda, es él.

Saludó a la boliviana: las manos se estrechan y después los hombres se prodigan un medio abrazo.

—Gracias por todo. Tú me has apoyado mucho para que yo esté aquí. Gracias, hermano.

Intuyo que ha repetido esa frase muchas veces desde que es Presidente.

Nos habíamos conocido en Buenos Aires, en agosto de 1995, cuando asomaba en su país como un dirigente cocallero de peso. En los casi once años siguientes lo entrevisté para diarios, revistas y documentales. Fundaba su confianza en mí en los libros que publiqué sobre Hugo Banzer y sobre el asesinato de Juan José Torres, pero también en las conversaciones que habíamos tenido.

Aquella noche, vestía zapatos negros bien lustrados, pantalones oscuros de traje y la chompa —como llaman en Bolivia al suéter— más famosa: roja, azul y blanca, de escote redondo. Con ella recorrió el mundo como presidente electo y fue noticia internacional. Se transformó en un símbolo desmesurado, porque ni sus colores ni su textura tienen relevancia alguna para él ni para su presidencia ni para sus bases. En junio, el cuello de la chompa ya estaba raído.

Al entrar en su despacho, indicó: “Siéntate ahí, donde lo hice sentar al embajador americano. No se dio cuenta y estaba bajo del retrato del Che”. Enfrente colgaba, simétrico, uno de Evo: ambos son de hoja de coca y se miran. Pero en

ese ambiente no prevalece el verde, sino el azul chillón de los sillones.

—¿Cómo está la relación con los Estados Unidos? —le pregunté.

—Grave: han entrado marines disfrazados de estudiantes. Tengo informes confidenciales. Ya te mostraré.

Su vocero, Alex Contreras, avisó que una docena de fotógrafos entrarían al despacho. Pidieron que nos diésemos un abrazo.

—Como si estuviéramos en La Bombonera —me dijo y contó que quería organizar un acto en el estadio de Boca durante su próximo viaje a Buenos Aires.

—Voy a escribir un libro sobre vos. Necesito entrevistarte muchas veces, mucho tiempo, como aquella vez en 1995.

—Viaja conmigo por el país. Hablemos entre las concentraciones, los actos. Y ahora ven a ver a mi equipo de fútbol: jugamos contra los compañeros mineros.

A la media hora, lucía un uniforme celeste y su remera llevaba el número 16. El equipo presidencial parecía el de los Pitufos.

Mientras entraba en calor aleteando con los brazos, dio algunas indicaciones. Desde las gradas de cemento, unas cien personas seguían cada uno de sus gestos. No tiene mucha cintura, pero le pega bien a la pelota y a veces con potencia. Esa noche le alcanzó para hacer dos goles que apenas festejó. Sus rivales, cooperativistas mineros, parecían más atentos al besamanos previo que al partido. Tuvo su consecuencia: perdieron 7 a 2.

A la medianoche Morales estaba extenuado. Al día siguiente debía levantarse a las 4. 30 para volar a Quito, donde asumiría como presidente de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). Allí pasaría un sofocón con el presidente de Perú, Alejandro Toledo.

—Oye, Evo. La CAN no es un sindicato y tú no me vas a enseñar de Economía a mí —le dijo cuando su colega habló de exclusión y pobreza.

—Y si tú sólo puedes enseñar lo que dice el Banco mundial.

—¿Cómo me dices eso? —se enfadó aún más Toledo.

—Sí, de aquí tú te vas a trabajar al Banco mundial.

La reunión terminó ahí.

De martes a miércoles Evo durmió bien, como cada vez que duerme en la llanura o en el trópico.

### MIÉRCOLES 13

A las 5. 03 de la mañana un grupo de ministros y viceministros llenó la pequeña sala de entrada del Palacio Quemado. Había reunión de Gabinete con el Presidente. Pero mientras intentaban despertarse, se enteraron de que Morales no había podido salir de Iquitos, en la Amazonía peruana, por la niebla. “Habrá Gabinete igual”, informó la recepcionista, una policía de pelo rojizo y ondulado. Hubo tiempo, entonces, para que discutieran sobre un tema que les incumbe por igual, y que no es precisamente la gestión: cómo levantarse a las 4. 30. Un viceministro le explicó a un ministro que para despertarse en hora duerme con la televisión encendida y dormita hasta que suena el reloj-alarma. Bostezaban mientras se movían para calentar sus cuerpos: hacían dos grados centígrados de temperatura. Unos quince soldaditos, de uniforme rojo y blanco, mochila blanca y bayoneta, entraron al hall central haciendo repiquetear los pies.

Subí al baño del tercer piso. Había objetos que nada tienen que ver con este gobierno, como un cuadro con las banderas de los Estados Unidos y Bolivia que dice “Unidos en la lucha contra el narcotráfico”, y otros que sí, como banderas del Movimiento Al Socialismo (MAS) y máscaras de carnaval.

Tatiana, la jefa de Gabinete del Presidente, me dijo que habría lugar para mí en el avión con Morales hasta Villamontes, en el departamento de Tarija, pero no en el helicóptero que volaría hasta La Higuera, el pueblo donde fue asesinado Ernesto Che Guevara.

—Pero coordinaremos —agregó Tatiana.

*Coordinaremos* significa *intentaremos arreglarlo*. Habría que añadir: aunque resulte complicado. En general, no hay coordinación, pero los afanes gastados en que las cosas se arreglen forman parte integral de la bolivianidad.

Cuando faltaban quince minutos para las seis de la mañana, Álvaro García Linera, el vicepresidente de la República, entró en la oficina de Tatiana. Rígido en su traje negro sin corbata y con gabardina gris. Un mechón de pelo lacio y canoso que caía sobre la frente le daba un aire de *skater* maduro y descontracturado.

Tatiana le pasó una llamada del Presidente. Todavía no había salido de Iquitos.

—Jefazooo —se escuchó.

—Hola, hermano —contestó su vice—. Los periódicos salieron bien: le dan buena cobertura a tu viaje... Sí, esos dos grupos mineros están en pugna. Lo que tenemos que hacer es buscar un punto intermedio. Bueno, hermano, abrazo.

Después de cortar, contó que había pedido dos cosas: que le llevaran jean y zapatillas y que yo viajara en su avión. Antes de perderse en un pasillo, le preguntó a Tatiana qué decretos debía firmar. La sencillez hacía que la oficina pareciera una casa de correos o un club de fútbol, nunca esos cien metros cuadrados donde se toman las mayores decisiones de Estado.

Al rato decidieron un cambio de planes con los aviones. Evo viajaría en el 01 (el más grande de la flota presidencial), pero yo no podría subir en la escala de El Alto, donde cargaría combustible. Álvaro y los ministros usarían el avión



03. Me tocaría volar, junto a otras sesenta personas, en el Hércules.

En el trayecto al aeropuerto, un mayor de la policía indicó que los Hércules son seguros, pero ofreció un contraejemplo. "Hace diez años uno se cayó a un río o una laguna a minutos de despegar. Un almirante salió a flote, pero luego buceó para rescatar su billetera. Venía de vender algo o iba a comprar algo. Tenía tantos dólares que a los del equipo de rescate nos dio doscientos a cada uno." La anécdota, de todos modos, no ayudó a que le perdiera miedo al Hércules.

El avión pertenece a la flota de Transporte Aéreo Boliviano. Un detalle lo singulariza: unos alambres unen la aleta de la cola del avión con las alas y la parte de adelante. Adentro parece una pequeña fábrica de metal con ventanas inalcanzables y tres filas de bancos con redes rojas de las que usan los paracaidistas. Su temperatura, de frigorífico. Los pasajeros (ministros, generales, coroneles, agentes de inteligencia, una enfermera y periodistas) se taparon con mantas hasta que los motores lo transformaron en un horno.

Algunos miembros de seguridad llevaban heladeras de telgopor.

—¿Es armamento, capi? —le pregunté al encargado de la seguridad del vicepresidente.

—No, es para el pescado que traeremos de Tarija. De regreso, el avión vendrá cargado con ese pescado que es una maravilla.

Dos horas después el Hércules aterrizó en Villamontes. El acto reunía a las fuerzas vivas del pueblo: los colegiales con sus uniformes azul y blanco y un par de alumnas con los zapatos de taco que habían estrenado en algún casamiento; las maestras que retaban a los alumnos charlatanes; militares y policías; los masistas que le decían al Presidente, en banderas: "Gracias por devolvernos la dignidad" y le ofrecían cartas, guirnaldas, frutas, pescado, sombreros, flores,

fotos y hasta documentos. En el palco, militares y policías enviaban mensajes de texto hacia destinos inciertos; un ministro se quedó dormido y otro caminaba para no imitarlo. Se habían despertado a las cuatro y media de la mañana y el calor del mediodía los tenía planchados. Un custodio, identificado con la inscripción "Police" en su remera marrón, lucía un chaleco antibalas; limpió el vaso del Presidente con una gasa y después lo llenó de agua.

"Éste es un acto cívico", inició el locutor. A Evo no le gusta esa definición: él liga lo cívico a sentimientos localistas. Desde la primera frase y hasta su cierre, el acto destiló formalidad en un país donde la informalidad es un rasgo característico de la política. Pero en los actos oficiales, como el de Villamontes, se canta el himno nacional y cada orador saluda a las personas importantes del palco; hay un locutor oficial, un músico oficial, un programa oficial y un sentido oficial.

Las audiencias no comulgan con esas formas. Muchas veces, los equipos fallan, la electricidad se corta, los horarios no se cumplen y hasta la vestimenta puede desentonar: en Villamontes, el Presidente llevaba una camisa de manga corta, un jean gastado con el bolsillo descosido en la nalga, y zapatillas azules.

Evo habló de la guerra del Chaco (1932-1935) que enfrentó a Bolivia y Paraguay. Recordó a los cincuenta y dos mil muertos de Bolivia, entre los que estaba su tío Luis Morales. En buena parte de las familias del Occidente del país existe un muerto de aquella contienda que despertó conciencia nacional. Pero como los discursos de Morales son multitemáticos, también elogió a los héroes presentes, que se protegían del sol bajo una carpa; dijo que todos los funcionarios públicos deberán aprender guaraní, quechua o aymara; a los niños, les prometió computadoras en los colegios.

El acto pretendía homenajear a las Fuerzas Armadas. El Presidente contó que cuando llegó al Palacio Quemado te-

mía a los edecanes. “Ahora ya tengo confianza: gracias a las Fuerzas Armadas por su participación en la nacionalización de los hidrocarburos.”

Cerró con un grito:

—¡Que vivan las Fuerzas Armadas!

El 1° de mayo de ese año, cuando anunció el decreto de nacionalización de los hidrocarburos, el Presidente dispuso que las Fuerzas Armadas ocuparan los pozos de petróleo y las plantas de las empresas extranjeras que operan en Bolivia. Quería que se sintieran parte del proceso y que empezaran a internalizar a un nuevo enemigo: las trasnacionales.

Con ese último grito empezó un desfile militar que incluía buzos tácticos y los soldados de infantería camuflados con ramas que toleraban los cuarenta y tres grados. Durante la retirada en desorden, García Linera se convirtió en un polo de atracción: señoritas de Villamontes de menos de quince años se sacaban fotos con él. “A mí me parece muy lindo y a mi madre más todavía”, le dijo una tarijeña todavía en escuela primaria. Las camionetas de la delegación pasaron por viviendas precarias debajo de las que fluye el gas que no llega a sus cocinas: sólo el tres por ciento de las casas cuenta con conexión a domicilio.

Al llegar al hangar de la pista de Villamontes y por esa vez, sólo por esa vez, Morales no decidió.

—¿Siete no pueden subir al 03? —le preguntó al coronel responsable del vuelo.

—Seis, señor Presidente.

Anunció que alguien debería quedar abajo. “Yo subo y también suben Álvaro, Juan Ramón [Quintana, ministro de la Presidencia], Alex [Contreras, el vocero] y la ministra de Salud [Nila Heredia], que tiene que inaugurar un hospital. Quedan Janet [su asistente] y Martín [por mí]. ¿Qué hacemos?”

—Haremos un sorteo —propuso García Linera.

El vicepresidente sacó de su bolsillo una moneda de cincuenta centavos. De un lado, el número y la frase “La unión

hace la fuerza"; del otro, un escudo de la República de Bolivia. Voló la moneda y cayó en su mano. Vi el número y me contuve: era mi pasaje a La Higuera.

Morales suele decidir. En sus primeros seis meses como Presidente (es decir, desde que asumió hasta esta gira) promulgó el decreto de nacionalización de los hidrocarburos, lanzó un esbozo de reforma agraria, empezó el proceso de desamericanización de Bolivia después de más de medio siglo de dependencia con los Estados Unidos, selló una alianza de largo plazo con Fidel Castro y Hugo Chávez, y concretó la elección de los convencionales de la Asamblea Constituyente mediante la que se proponía refundar el país.

El 03 tiene cuatro asientos de cuerina beige enfrentados entre sí, un quinto que da a una de las ventanillas y un sexto —en verdad, apenas medio asiento— entre los pilotos, donde se sentó el Presidente. Para el despegue se puso los Ray Ban de Tom Cruise en *Top Gun*, pero no permitió que le sacaran fotos.

Se divierte en las avionetas y helicópteros: a veces pide a los pilotos que hagan acrobacias. Ríe con las cosquillas propias y el susto de los otros.

—¿Comemos? —preguntó después de despegar.

—Hay comida —contestó Contreras—, pero no hay platos.

—Comeremos con la mano, pero —dijo Evo.

Contreras sacó la yuca y las papas de una bolsa de plástico, una Coca Cola de dos litros y una caja de cartón con trozos tibios de conejo, pollo y cabrito. Cuando nos disponíamos a comer, el piloto recordó dónde había guardado unos platos de café. Sobre ellos apoyamos el almuerzo. Como Evo no tenía mesa, el ministro de la Presidencia le cortó en una bandeja de metal los restos de cabrito y puso papas y yucas. El vice sacó un pimiento que compartió con el Presidente.

Hablaron del acto.

—me emocioné con el discurso del último soldado —dijo Álvaro.

—Se viene un momento nacionalista. Tenemos que poner una materia en la escuela sobre nacionalismo —agregó Morales—. A mí me enseñaron la historia de Colón, de La Pinta, de La Santa maría, pero nada de nacionalismo. Eso no puede seguir así. ¿Vieron cómo cantaron las niñas *La Patria*? Grabemos un disco con esa canción.

Contó que ese día le entregarían documentos que probaban que la empresa petrolera Transredes financió algunos de los actos masivos que convocó la elite de Santa Cruz (el departamento más rico del país) para reclamar su autonomía del poder central. “Así funciona la oligarquía cruceña”, soltó. Ya veía en esa región la oposición más poderosa a su gobierno.

Desde un colchón de nubes —donde apenas se divisaba lo que alguna vez fue la ruta del foco guerrillero de Guevara— se entusiasmó con la idea de que esa zona se transformara en un destino turístico masivo. Dejó la política por un rato y habló de un tema que lo entretiene: su estado civil.

—Éste es el gobierno de los solteros —me dijo—. Cada vez que vuelvo de un viaje tengo miedo de que Álvaro haya hecho un decreto imponiendo una primera dama.

—Cuando te conocí planeabas casarte. ¿Qué pasó?

—Sí, claro. Fue la única vez que estuve cerca de casarme. Pero el compañero David (Choquehuanca, su canciller) me convenció de que no lo hiciera. No me casé y ya no creo que me case. Además, yo estoy casado con Bolivia. Alguna vez me dije: tanta gente me quiere, pero no me quiere una mujer. Y eso pasaba en la década del noventa. Yo proponía matrimonio y me decían “No, te van a matar, te van meter en la cárcel”.

—¿Quién te dijo eso?

—Algunas compañeras de la clase media, de la clase profesional. Y nuestras compañeras también me decían: “Yo me quiero casar, pero para estar todo el tiempo conti-

go". Y es difícil. Imagínate salir a las cinco de la mañana y la dejas ahí, botada en la cama.

El vocero le pasó el hilo dental. Evo cortó un pedazo y lo hizo circular. Nos sacamos de entre los dientes los restos de animales, menos el vice que había traído cepillo.

—Álvaro —le pregunté—, ¿no es peligroso que vuelas con el Presidente?

—Si nos quieren matar, nos matarán pues.

En Valle Grande, esperaban los embajadores de Cuba y Venezuela, Rafael Dausá y Julio montes, encargados de ejecutar la cooperación de sus países con Bolivia. En esa primera etapa, Cuba ayudaba con la construcción de hospitales y centros oftalmológicos, con el trabajo de médicos y alfabetizadores y con becas para cinco mil estudiantes que cada año viajan a estudiar a la isla. Venezuela anunció que invertiría mil quinientos millones de dólares en el sector de hidrocarburos, que compró bonos y que daría créditos para, entre otras cosas, industrializar la producción de hoja de coca. También prestaba dos de sus helicópteros y algunos aviones para los viajes al extranjero del Presidente. Ambos países asesorarían en temas de inteligencia y seguridad.

Además de los embajadores, unos cinco mil pobladores aguardaban. Algunas señoras mayores lloraron cuando el Presidente pasó a su lado y una militante del MAS le hizo ojitos a García Linera. Esta revolución es emocional y cachonda.

El escenario, construido con madera y telas, ocupaba parte de la calle principal del pueblo. Después de los discursos sonó una versión rapeada de "Hasta Siempre" y la delegación recorrió un hospital recién inaugurado gracias a la financiación de La Habana. En la corrida hacia los helicópteros —ya se acumulaban dos horas de atraso— quedó en tierra la ministra de Salud.

Desde el cielo se veía la geografía intrincada que transitó Guevara. Así es Bolivia: ni el Estado ni un presidente fuerte doblegan su tozudez. La falta de recursos para construir ca-

minos y puentes ha provocado más desintegración en un país ya signado por la desintegración.

En un patio de La Higuera, el locutor, el tercero del día y quizás el más solemne, pidió: "Con unción cívica entonemos las canciones de nuestros Estados". Primero debió haberse escuchado el himno de Cuba, pero en su lugar apareció la voz de Silvio Rodríguez cantándole a un unicornio. Entre banderas de Cuba y Venezuela, canturreaban médicos cubanos y jóvenes venezolanos. Desde el escenario los acompañaba Camilo Guevara, el hijo del Che, de pelo largo anudado con una colita.

García Linera, profesor de la universidad pública, improvisó una clase sobre el homenajeado. "El Che representa el espíritu y la pasión de la revolución durante el siglo xx." Dijo que la guerra —la guerra de Guevara— continuaba, pero por otros medios. Miró a Evo y arriesgó: "Presidente, sin Guevara usted no estaría acá".

Ya no quedaba luz en La Higuera. Los organizadores trajeron la torta con setenta y ocho velas. Y todos le cantaron el *happy birthday*, en un escenario en penumbras y sin que el homenajeado pudiera soplar y agradecer.

En medio de los aplausos, un custodio —y jugador del equipo presidencial— me informó que él ocuparía mi lugar en el helicóptero para, intuí, poder llegar a tiempo al fulbito de la noche. Me negué con un pobre argumento "entremos los dos" y una convicción: en estas giras no se puede perder el helicóptero de la historia.

Sin asiento para los dos en las naves donde viajaban Morales y su vice, debía subirme a otra donde García Linera fue invitado por el jefe de seguridad por, valga la redundancia, razones de seguridad.

—No, yo viajo aquí —contestó, mientras orinaba en un descampado.

Evo sugirió que corriéramos para llegar a tiempo. Atravesamos barro, yuyos, arbustos y árboles intentando localizar la zona de aterrizaje del segundo helicóptero. Ya en la na-